

El Laberinto de la Quinta Avenida

The Labyrinth of Fifth Avenue

Mario Bassols Ricárdez; Héctor Zepeda Valencia

Universidad Autónoma Metropolitana

mabarmex@gmail.com; h.alec.valencia@gmail.com

Resumen. La novela escrita por Edith Wharton, *La Edad de la Inocencia*, es analizada en este texto, desde una narrativa centrada en las representaciones espaciales. Para ello, se realiza una reconstrucción del imaginario urbano de Nueva York a principios de la década de 1870. El relato ficcional presentado en torno a las experiencias y vivencias de sus protagonistas destila elementos relevantes sobre una particular geografía de la trama, en la que predominan rutas preferenciales y concepciones del lugar, usualmente frecuentados por la cerrada élite local. Este acercamiento busca desagregar los elementos de la espacialidad en la literatura, analizando los sucesos más significativos del drama a través de la traza urbana de Manhattan. Asimismo, se afirma que los comportamientos habituales de la aristocracia neoyorquina constituyen una muestra de rechazo a la inminente transición de Nueva York a una urbe plural y cosmopolita del siglo XX, cargada de nuevos valores culturales.

Palabras clave. Manhattan; Quinta Avenida; geografía de la trama; espacialidad; diagramas literarios, habitus.

Abstract. The novel written by Edith Wharton, *The Age of Innocence*, is analyzed in this text through a narrative focused on spatial representations. To this end, a reconstruction of the urban imaginary of New York in the early 1870s is carried out. The fictional account presented around the experiences and lives of its protagonists reveals significant elements of a particular geography of the plot, in which preferred routes and conceptions of place predominate, usually frequented by the closed local elite. This approach seeks to break down the elements of spatiality in literature, analyzing the most significant events of the drama through the urban layout of Manhattan. Likewise, it is argued that the habitual behaviors of the New York aristocracy constitute a form of resistance to the imminent transition of New York into a plural and cosmopolitan city in the twentieth century, charged by new cultural values.

Keywords. Manhattan; Fifth Avenue; geography of the plot; spatiality; literary diagrams, habitus.

Formato de citación. Bassols Ricárdez, Mario; Zepeda Valencia, Héctor. (2026). El Laberinto de la Quinta Avenida. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 16 (1), 73-87.

Recibido: 12/11/2025; **aceptado:** 14/04/2026; **publicado:** 27/05/2026

Edición: Ciudad de México, 2026, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

De Villa a Metrópoli

La ciudad de Nueva York ha transitado por diversas etapas de su desarrollo y expansión urbana, desde su fundación en el siglo XVII hasta el primer cuarto del siglo XXI. Su transformación de pequeña ciudad comercial a mega urbe financiera y punto vital dentro del sistema de ciudades globales, cobró relevancia a partir del siglo XIX, una vez lograda la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica.

Ciertamente Nueva York tiene un debut modesto en la historia urbana del mundo. Nace como un asentamiento poblado por indios algonquinos antes de la colonización europea de Norteamérica. Se entrecruzan aquí incursiones importantes procedentes de dos grandes potencias europeas en proceso de expansión: la primera es la holandesa (en adelante, neerlandesa) y la segunda inglesa.

En cuanto a la efímera colonia neerlandesa, es importante mencionar que en 1626 la isla de Manhattan es comprada a los pobladores indios por Peter Minuit, de la *Dutch West India Company*, por el equivalente de 24 dólares americanos. Una verdadera estafa comercial, a sabiendas del valor que iba a adquirir tal territorio en un futuro cercano, al constituir el principal puerto de entrada de las mercancías provenientes del continente europeo. Se anunciaba poco después el gran negocio producto del tráfico de esclavos. y en 1653 el asentamiento conocido como Nieuw Amsterdam (Nueva Ámsterdam) es reconocido como ciudad, a cargo de Peter Stuyvesant, administrador general de la isla.

Las rivalidades comerciales entre Inglaterra y Holanda (en su denominación actual Países Bajos), llevan a enfrentamientos bélicos que producen la toma de la isla por los ingleses en 1664, una vez más por los

holandeses en 1673, hasta que finalmente, mediante el Tratado de Westminster, pasa definitivamente a manos del imperio inglés al año siguiente (Michelin Travel Publications, 1988).

Sin embargo, el poblado original no creció sustancialmente sino hasta el siglo XIX. Es tan sólo mediante una primera oleada de inmigrantes alemanes e irlandeses, cuando se produce un importante incremento demográfico que llevó al poblado inicial de contener unos 33 mil habitantes en 1790 a 630 mil en 1856 y 25 años después a triplicarse (Michelin Travel Publications, 1988), convirtiéndose en una ciudad poblada masivamente por trabajadores industriales.

En julio de 1863 una serie de disturbios provocaron más de 2 mil muertes en Nueva York, a propósito de la Ley de Inscripción de ese año, que obligaba a los hombres blancos de entre 20 y 45 años a servir en el ejército, en momentos en que se producía la Guerra de Secesión (1861-1865). Los disturbios (conocidos como *Draft Riots*) consistieron en ataques racistas, principalmente de irlandeses, hacia grupos inmigrantes negros, por considerar que iban a disputarles los empleos que quedaban vacantes por su temida inserción al ejército. En este sentido, la sociedad neoyorquina no había sido favorable a su involucramiento en la guerra civil, por lo que la élite política local buscó proclamar su separación del gobierno federal. Fue un intento vano y efímero. Iniciado por el alcalde de la ciudad, Fernando Wood, fue sofocado cuando la armada bombardeó a los sublevados, hasta lograr su rendición.

Entre pandillas rivales habían estallado otro tipo de disturbios en los años cincuenta, en el contexto de una administración local acusada de corrupción y saqueo de las arcas locales. Ello se acentuó durante la gestión del alcalde William Tweed, mejor conocido como *Boss Tweed* (1870-1872). Condenado por falsificación y hurto en 1873, este personaje curiosamente va a enmarcarse como telón de fondo histórico de la época en que se fija la novela *La Edad de la Inocencia*.

Llama la atención que la autora no hiciera mención directa de ello, pero sí de los manejos corruptos por parte de un gran empresario neoyorquino, así como el anuncio de la bomba financiera que pronto iba a estallar en Nueva York. Una vez concluida la era Tweed, inicia la llamada Era Progresista de la ciudad, que más tarde se ampliará a otras ciudades, bajo el impulso de una reforma municipal la cual se proponía la modernización de los gobiernos locales.

Hacia el tercer cuarto del siglo XIX, Nueva York tenía fuertes rasgos de una ciudad espacialmente segregada. Por un lado, estaban los barrios residenciales de altos ingresos, con mansiones palaciegas, teatros, restaurantes y clubes exclusivos para grupos selectos de la población, así como el enclave financiero situado al sur de la isla; mientras que por el otro, se multiplicaban los edificios de departamentos lúgubres para la clase trabajadora y subempleada de la ciudad, en su gran mayoría proveniente de migrantes europeos y de los recién liberados esclavos sureños del propio país durante la presidencia de Abraham Lincoln, que pronto iban a poblar la zona del Bronx.

Al iniciar el siglo XX Nueva York ya se situaba como la urbe más grande del mundo en ese momento. Constituida por el área de la Gran Nueva York, compuesta por 5 *boroughs*: Manhattan, Brooklyn, The Bronx, Queens y Staten Island.

Este trabajo se fundamenta en las tesis propuestas por Franco Moretti (2001 y 2007), James Kneale (2003) y Pierre Bourdieu (1997), así como diversos acercamientos teóricos desde la geografía como “campo emergente” en la interpretación espacial de obras literarias (Lévy, 2006). Moretti trabaja profusamente la novela europea del siglo XIX y encuentra patrones territoriales de movilidad de los sujetos novelados, a partir de los cuales la trama discurre por espacios socialmente distinguibles de una ciudad burguesa, como Londres o París. Cada urbe en transformación posee una identidad y marcas peculiares que orientan el sentido y las decisiones de un relato literario. Asimismo, debe tomarse en cuenta el tiempo histórico en que se sucede el drama ficcional y la condición de clase de sus personajes. La construcción de mapas y diagramas

sobre cada novela, permiten situar los momentos de tensión emocional, las redes sociales por las que transitan sus personajes y las decisiones o “compromisos de vida” asumidos en momentos clave. Por su parte, Kneale elabora una concisa guía metodológica para llegar a identificar la “geografía del texto”, para distinguirla del estudio de los “lugares en la novela” e indica que sólo mediante lecturas constantes e incisivas del mismo texto, será posible mostrar el espectro espacial propio de la subjetividad: frases cargadas de simbolismo, gestación de imaginarios dentro de un prisma social o bien percepciones del ambiente: la kinética del texto. Con énfasis en la literatura de ciencia ficción, presenta su tesis de “mundos secundarios”, fundamentada en procesos reales de una época, para generar ficciones posibles en las cuales interactúan espacio, tecnologías e individuos. Por su parte, el concepto de habitus formulado por Bourdieu, es un tema sobresaliente, puesto que permite definir comportamientos, gustos, gestos y preferencias de una clase o sector específico de la sociedad, a través de los cuales puede resaltarse una narrativa con sus propios matices de identidad, situada lejos de la casuística. La obra de Edith Wharton se presenta así, con esa mirada. Finalmente, un acercamiento geográfico en torno a la novela moderna (emergida de la ciudad burguesa del siglo XIX) nos lleva a visibilizar un modelo de ciudad uniforme, territorialmente distinguible y regida por normas y costumbres de su tiempo, tal como el de Nueva York en torno a 1870.

Primeros trazos

Como primera mujer en obtener el grado de doctorado en Letras por la Universidad de Yale, Wharton construye un imaginario literario muy particular sobre la Nueva York del último tercio del siglo XIX. Podríamos pensar en varias motivaciones para su elaboración. En primer lugar, fue una aristócrata estadounidense y testigo de calidad atenta a los cambios y transformaciones de su época. Se hacen presentes sus recuerdos familiares, la cercanía con círculos sociales de alcurnia y espacios urbanos frecuentados por la élite, así como sus patrones de socialización en un sector reducido, pero económicamente poderoso, de “clanes” familiares. En segundo lugar, disecciona a la luz de sus años de madurez intelectual, acontecimientos pasados, mezclados con genuina ficción literaria, a la manera de Thomas Mann en *Los Buddenbrook*, en torno a Lübeck, en el mismo siglo XIX. Como resultado, presenta pasajes relevantes de la vida social de una ciudad que al arribar al siglo XX adquiere dimensiones socioterritoriales más complejas.

Esta obra sienta un precedente sobre la novela urbana, previa a la gran transformación de Nueva York. Muy cerca de ella cronológicamente, estaban los escritos de John Dos Passos (*Manhattan Transfer*, 1925), de Francis Scott Fitzgerald (*El Gran Gatsby*, 1925) y años más tarde, de Federico García Lorca en un relato a su paso por la urbe entre 1929 y 1930 (*Un Poeta en Nueva York*, 1940), expresando buena parte del imaginario literario sobre la ciudad de entonces.

La Edad de la Inocencia se destaca por su aguda crítica en torno a los habitus de clase y sus múltiples señalamientos sobre lugares icónicos de Nueva York. Es una contribución primigenia en torno a una de las ciudades del mundo occidental más representadas/ficcionalizadas dentro de la literatura, el teatro y el cine de los siglos XX y XXI, bien sea para fines artísticos, comerciales o de divulgación.

Wharton destacó por ser una novelista cuyas letras dejan ver los sentimientos, la sensibilidad y desde luego, la palabra de una mujer producto de su época, pero capaz de imaginar un espacio urbano desvanecido, cuando escribió la obra casi cincuenta años después. Su herencia neerlandesa fue una fuente significativa en su producción novelística, tal vez reflejada en obras como *La Decoración de las Casas* sugirió que la originalidad no consiste en una nueva manera sino en una nueva visión (Wharton & Ogden, 1898). La añoranza de una época pasada llegó a tener resonancia en el presente vivido por la autora, plasmado en sus memorias y libros.

En *La Edad de la Inocencia* prevalece una tendencia por construir espacios ficcionarios donde sus personajes y sus ideas, se perciben casi tan reales y convincentes como el retrato de una época. En las siguientes páginas presentaremos los aspectos más relevantes de la trama literaria con énfasis en la espacialidad de la novela.

A raíz del inminente casamiento de May Welland y el joven abogado, Newland Archer, a principios de la década de 1870 en Nueva York, se realizan dos visitas importantes: la primera sucede en la mansión de la señora Beaufort y su esposo. Ella pertenecía a una de las familias más acaudaladas de la región. Su esposo procedía de Inglaterra y se dedicaba a los negocios bancarios. Se conocen por medio de su prima Medora Manson quien en su juventud se lo presenta. Tenían la casa más distinguida de Nueva York, con un salón de baile para ese único uso. Un baile anual que congregaba a toda la élite de la ciudad. Se le reconocía por ser un palacio de piedra de color pardo.

En la ocasión en que la pareja recién prometida se encuentra en la casa de los Beaufort, Newland Archer se había dado tiempo para caminar varias cuadras por la Quinta Avenida. Archer se caracteriza por ser un gran caminante de la ciudad, un urbanita de a pie en una ciudad que se expande, cuya clase dominante utiliza como medio de locomoción carrozas tiradas por caballos. La primera nota sobre espacialidad se mueve dentro de un mundo del decoro, la discreción, el llamado “buen gusto” y una actitud cultural de “ignorar lo desagradable”.

La segunda casa relevante es donde vivía la Sra. Mingott, de edad avanzada, pero activa y clave en la trama, en tanto que es en su casa adonde llegaría Ellen Olenska, prima de May, procedente de Francia. La casa de madame Mingott también se localizaba sobre la Quinta Avenida, en la parte baja, hacia la costa. Era una de esas viejas mansiones de principios del siglo XIX.

En la reunión familiar de los Welland con la señora Mingott se da a conocer la futura boda entre Newland y May. Es ahí cuando se hace una afirmación suelta y categórica en torno al tamaño y cercanía de los habitantes, en palabras de Catherine Mingott: “En Nueva York todo el mundo se conoce desde siempre” (Wharton, *La Edad de la Inocencia*, 2023, p. 34).

Antes de concluir la reunión llega inesperadamente Olenska acompañada de Julius Beaufort. Él señalaba que la había encontrado sobre Madison Square y acompañado a su regreso. El señor Beaufort fungirá como el contrapunto de Archer en sus galanteos con la condesa (la madre de Archer expresaba que Beaufort era “un hombre vulgar”). Un contraste que le dará mayor fuerza a las decisiones que tomará Olenska durante su estadía de dos años en Nueva York. Archer se identifica desde el principio como neoyorquino, cosa que lo enorgullecía dentro de la jerarquía social de Nueva York.

Para la autora, la ciudad se dividía en dos tribus o clanes familiares: a) los Mingott y los Manson; b) los Archer-Newland-Van-Der-Luyden, con sus preferencias y gustos particulares.

La madre de Newland era viuda desde hacía varios años. Vivía con su hija e hijo en la calle 28 Oeste, la cual consistía en dos pisos. Mientras que a su hermana y madre les encantaba el paisaje cuando salían al extranjero, Newland leía abundantes novelas. De acuerdo con su élite cercana no había mejor partido que May Welland, pues al casarse con ella Archer se incorporaba al clan Mingott.

Y aquí el detalle que yace en la trama: Ellen Olenska era vista como una persona incómoda por su pasado y, sobre todo, por haber regresado a Nueva York con el fin de probar mejor suerte, al escapar del conde Olenski, el esposo que la retenía cual prisionera. Por otro lado, Archer sospecha que su futuro matrimonio no llegará a un puerto al cual anclarse, sino a una “asociación insípida de intereses materiales y sociales” (Wharton, *La Edad de la Inocencia*, 2023, p. 49) transitando entre la ignorancia y la hipocresía. Esta reflexión sucedía luego del primer encuentro con Olenska al llegar a Nueva York.

¿Cómo se le representaba entonces a Nueva York? A través de su transformación, no cabía duda de que “las viejas tradiciones” iban a durar un menor tiempo de lo esperado, y los constantes cambios en la ciudad llevan a la impresión de que lo inamovible es, sin embargo, modificable. Tales cambios son relevantes en los andares de los personajes, debido a que al substraerlos del flujo narrativo como plantea Franco Moretti,

se localizan patrones, éstos descansan en diagramas y no en mapas, puesto que la función del mapa es geográfica, mientras que los diagramas sirven a un ejercicio de análisis, incorporando personajes y sus relaciones, es decir, los lugares en sí y por sí (2007, pp. 78-80).

La madre de Archer se decía descendiente de comerciantes ingleses y holandeses venidos a las colonias para hacer fortuna. Uno de los bisabuelos de Newland había firmado el Acta de Declaración de Independencia, otro había sido general al lado de Washington. Afirmaba que Nueva York siempre había sido una “comunidad comercial” y aunque hubiera habido familias de real aristocracia europea, éstas eran muy reducidas.

Una de esas familias, la más conspicua de todas, era la de los Van der Luyden, pareja desde hacía 40 años, quienes alternaban sus estancias entre sus casas de Trevenna, Maryland y Skuytercliff, esta última una gran propiedad junto al río Hudson. La “gran residencia en Madison Square Avenue”, rara vez era abierta para sus amigos más cercanos. La Sra. Van der Luyden era prima de la Sra. Archer.

Debido a una plática con su prima, es convencida de invitar a la condesa a su mansión y otorgarle un espacio de “dignidad” antes las circunstancias conocidas. Fue una cena de altura a la que asistió la pareja de prometidos, su madre y otros miembros selectos de la pequeña sociedad. El duque St. Austrey, invitado especial, le daba el toque singular al evento. Cenar con ellos no se podía tomar a la ligera.

A la condesa Olenska se le reconocía por su belleza infantil desde los 10 años. Vivió una niñez errante cuando sus padres recorrieron Europa continental. A la muerte de ambos, Ellen Mingott quedó a cargo de su tía Medora Manson, quien la mandó instruir de una manera inusitada e “incoherente”: tomó clases de dibujo con modelo vivo y clases de piano en quintetos con músicos profesionales. En su adolescencia, partió a Europa con su tía, quien por tercera vez quedaba viuda. Ellen cruzaba los 30 años a su regreso al continente americano.

Un Espacio Novelado

Las implicaciones que tiene la obra en torno a la representación de la ciudad son varias. En primer lugar, debemos distinguir entre el territorio integral de la ciudad existente y el marco espacial por donde discurren los principales personajes de la novela, así como los eventos más significativos de la misma, lo cual constituye, en esencia, el núcleo de una *geografía de la trama* (Moretti, 2001).

En la obra se distinguen espacios de proximidad por los que atraviesan sus principales personajes, de distinción social y de momentos emocionales en un espacio constreñido. Se dibuja con ello un escenario, un imaginario de ciudad, recortado y circunscrito a franjas espaciales por las que usualmente las familias dominantes frecuentaban dentro de Manhattan. Dicha acotación contiene una fuerza vital que forma parte del núcleo de la obra. Es por supuesto, una versión subjetiva, impresionista y parcial, pero al mismo tiempo significativa e ineludible para construir la trama literaria.

Para 1870 la población de Nueva York estaba compuesta por cientos de miles de trabajadores, una nascente clase media (comerciantes, profesionistas diversos, políticos municipales y pequeños empresarios), además de una burguesía industrial y financiera en rápido ascenso. Este abigarrado conglomerado social crecía frente a un reducido conjunto de familias, aún poderosas, provenientes de la vieja aristocracia de la era colonial.

El rumbo que tomó la nascente metrópoli, al ser un puerto clave para el comercio internacional, la catapultó en el marco de la revolución industrial y del fortalecimiento del capitalismo financiero en los EE. UU.

La edad de la Inocencia contiene una trama literaria distinta a la obra de, por ejemplo, Charles Dickens sobre Londres, en donde se abre el abanico social hacia un amplio espectro de clases sociales, sus dramas y los espacios de recurrencia vivencial, en obras como *Oliver Twist*, *Historia de dos ciudades* o *David Copperfield* (Moretti, 2001, p. 111 y ss).

Esta acotación parece ser relevante para entender el entramado de hitos urbanos, los espacios preferenciales de la aristocracia neoyorquina y los márgenes de ciudad que figuran en sus capítulos. En el imaginario urbano de la novela, Nueva York equivale a Manhattan y de tal isla, sólo una fracción acotada, equivalente a menos de la mitad de su territorio: el *East Side*. Así la franja que abre Broadway desde Battery Park en la punta sur de la isla se va a topar con la Quinta Avenida en el cruce con la calle 23, justo en lo que se conoce como Madison Square. Es pues el corazón de Manhattan, el cual en 1870 terminaba en el perímetro semi-campestre de Central Park, cuyo costado occidental estaba prácticamente despoblado (el *Upper West Side* y el barrio de Harlem). Es alrededor de este radio de acción en donde se encuentra la burbuja espacial de la escenificación dramática de la novela (véase diagrama 1).

A partir de ilustraciones, cuadros de la época y fotografías, fue posible adentrarnos en la forma, el diseño y la traza urbana de Nueva York. Era una ciudad, se enfatiza, en proceso de expansión territorial, pero aún arraigada a una herencia colonial. Las viejas mansiones se convertirán en museos, escuelas, sedes administrativas del gobierno local o futuros rascacielos en décadas posteriores. Resalta la atención el paisaje urbano dibujado como mezcla entre ciudad y naturaleza: los ríos que bordean a la isla, sus espacios rocosos y la enorme franja territorial apenas poblada por el ser humano en el noroeste, además de los barcos de carga y de vapor, veletas y barcasas que ya surcaban por el mar. Todos estos detalles forman un diagrama de la trama (Moretti, 2007, p. 80) como se ilustra enseguida (Diagrama 1).

El detallado mapa de 1879 bajo la dirección de William L. Taylor¹ resultó de enorme utilidad a la hora de ubicar con precisión las calles y avenidas de Manhattan, los edificios del condado de la ciudad, mercados, hospitales, fábricas, oficinas sede de los periódicos más importantes, bibliotecas, colegios y centros universitarios, teatros y casas de asilo, entre otros sitios. Se le divisa como una isla cubierta de casas y edificios, justamente en la parte baja de su territorio, acaso en una porción menor al 70% de toda la isla.

El mapa presenta una traza urbana en cuadrícula que va a desdibujar la ciudad de la colonia inglesa, pequeña, aristócrata, sin grandes chimeneas ni edificios de departamentos. En la esquina superior izquierda presenta ilustraciones sobre una veintena de inmuebles, dentro de los que sobresalen las manufactureras con grandes chimeneas, una escena de playa, la de un muelle con pilas de troncos apilados, algunos edificios y plazas públicas pequeñas. Como remate, se presenta el suntuoso edificio que albergaba al Hotel de la Quinta Avenida.

El único puente que conectaba a la isla con porciones continentales era el de Brooklyn, solo concluido hasta 1883. Con ello, se entendía que la conexión prácticamente única con el resto del país era por barco o ferry. Y de ahí se podría continuar el camino por ferrocarril a Washington, por el sur; hacia Chicago, vía Cleveland; o hacia Boston por el norte. Los marineros y estibadores portuarios, en incesante actividad laboral se localizaban en la punta sur de la isla en sus abundantes muelles y atracaderos.

Tal vez por ello y por la creciente alimentación de un imaginario “higienista” del bosque urbano en pleno Manhattan, que Central Park va a ser un centro nodal y parte de la ciudad del futuro, como a su vez se gestaron, tanto la zona de teatros cercana al parque (*Broadway*), como el distrito financiero en la punta sur de Manhattan (*Wall Street*). Aún faltaba la ciudad de las torres, cuyos ejemplos paradigmáticos en los Estados Unidos serán Chicago, Nueva York y Los Ángeles.

¹ Disponible en <https://www.loc.gov/resourcel/g3804n.pm005990/?r=-1.837,-0.048,4.675,1.97,0>
Consultado en 20 de octubre de 2025

Diagrama 1. El Espacio Periurbano desde Central Park



Nota. The City of New York elaborado por William L. Taylor, en Galt & Hoy, 1879. El sombreado y la anotación es propia.

Manhattan entre 1870 y 1880 es todavía una ciudad horizontal, en donde privan las chimeneas, algunas torres de iglesias y edificios de baja altura. Pero en efecto, todo ello cambiará con la centralidad geoeconómica de la isla en el contexto de la creciente economía mundial. La base reticular de Manhattan de 1870 se componía de grandes avenidas de sur a norte, entre las que sobresalen Broadway Avenue y The Fifth Avenue (La Quinta Avenida), entrecruzadas por múltiples calles, varias de escasa longitud y las menos, que atraviesan de este a oeste en la isla.

En cuanto a la novela referida, la Quinta Avenida es el eje central de los recorridos, pero también de la memoria de sus habitantes. Todo corre por ella. En ese sentido, dentro de la espacialidad de la novela, contiene tres rasgos particulares: a) la densidad de mansiones localizadas ahí para la élite local; b) la frecuencia de sus recorridos por los principales sujetos protagonistas; c) el simbolismo cultural que la identifica. Para la élite era considerada como el paseo más elegante de la “cerrada y pequeña ciudadela”. Ciertamente, la otra gran avenida es Broadway, escasamente citada. Desde entonces, pero más aún en la actualidad, la Quinta Avenida es una arteria vital por donde abundan tiendas, hoteles y edificios públicos relevantes. Hacia 1870 se dibuja apenas un distrito de negocios que crece en medio de casas, edificios comerciales y de gobierno.

La Edad de la Inocencia es una puesta en escena de una obra teatral, que con cierta apostura retrata las andanzas de Archer por Nueva York. En esa pequeña esfera de espacio y tiempo, pertenecer y existir, significaba encontrarse dentro de los márgenes, la clase de la cual provenían requería que se cumpliera con las normas y etiquetas de la sociedad elegante. La principal arteria de Manhattan es la quintaesencia del buen vivir para ellos, como lo demuestra Archer al pensar en que, la zona de la periferia donde habitan los artistas, políticos y allegados a él (como su amigo Ned Winsett), son inadecuados y simbolizan, en su constante melancolía, aquello que no es dable pensar.

Aquí se encuentran los lugares extraños frente a los de su clase. Apenas se mencionan sus hogares, aunque sorprende aún más, que no se distinguen otros personajes ineludiblemente necesarios, para que la comunidad de la Quinta Avenida prosperara: la servidumbre. En el libro son mencionados de forma breve. Un ejemplo más: Nastasia, criada de madame Olenska, con un marcado acento italiano, pertenecía al grupo de migrantes, posterior a la unificación italiana (sucedida en 1861). Ese gran colectivo que formará una isla de migrantes, llegados a través del Castle Garden situado en Battery Park.

Los Enredos de un Laberinto

Ahora se mencionarán algunas ideas sobre el carácter territorialmente intrincado de la isla. Cuando la condesa Olenska se expresaba sobre su ciudad de origen, en una conversación con Archer: “¿Tan laberíntica es Nueva York? Y yo que la creía simple y recta como la Quinta Avenida.” (Wharton, *La Edad de la Inocencia*, 2023, p. 81), reflejaba la perplejidad que le producía la ciudad. La consideraba pequeña por la infraestructura de sus calles y mansiones, pero no tomaba en consideración la complejidad de su tejido social.

Es en la Quinta Avenida donde Archer acostumbraba a meditar para evitar que las ideas le devoraran el buen juicio, o bien para eludir a algún personaje indeseado. En fin, siempre habría alguien o algo interesante para descubrir en aquella avenida, por lo cual caracterizamos a nuestro protagonista como un urbanita extravagante. Archer solía leer al poeta Addington Symonds, al sociólogo Herbert Spencer o a un cautivante George Eliot. Así se percibía en una historia similar a *Middlemarch*, entretrejida en una sociedad practicante del ocio difuso. El laberinto de Archer tiene una doble faceta, una es la de las divagaciones sentimentales que solían pasar por su mente, y la segunda, se refiere a sus reflexiones intelectuales que conectan el arte con el espacio urbano.

En contraste con Archer, la condesa Olenska tenía una tendencia a leer algo más provocador en la época, totalmente fuera del margen para una dama, por ejemplo: Edgar Allan Poe o Julio Verne, autores de obras magníficas que solo adquieren popularidad póstuma, y que no serían apropiados para nada más que una mente imaginativa, quizá con cierta apertura a nuevas ideas. Esa apertura se desdobra en los pensamientos de su pretendiente: “se preguntó si ella no veía aún lo poderosa que era la maquinaria de la ciudad y lo cerca que había estado de quedar aplastada” (Wharton, *La Edad de la Inocencia*, 2023, p. 79). En este párrafo comparte la misma visión de ciudad que ella. Como apunta (Cely Rodríguez & Moreno Lache, 2016) “los usos de la narración se asocian con los sujetos, las instituciones y los contextos sociales, históricos y culturales” en el marco de un espacio vital en donde ocurren acontecimientos que forman parte de la trama. Véase diagrama 2.

Figura 1. La Quinta Avenida hacia 1870



Nota. Recreación pictórica generada por ChatGPT, con el prompt: “Acuarela de La Quinta Avenida en 1870” (con ajustes propios, abril de 2026).

Diagrama 2. Espacialidad de la trama en La Edad de la Inocencia



Nota. Realizado por los autores con base en las principales nomenclaturas de la novela.

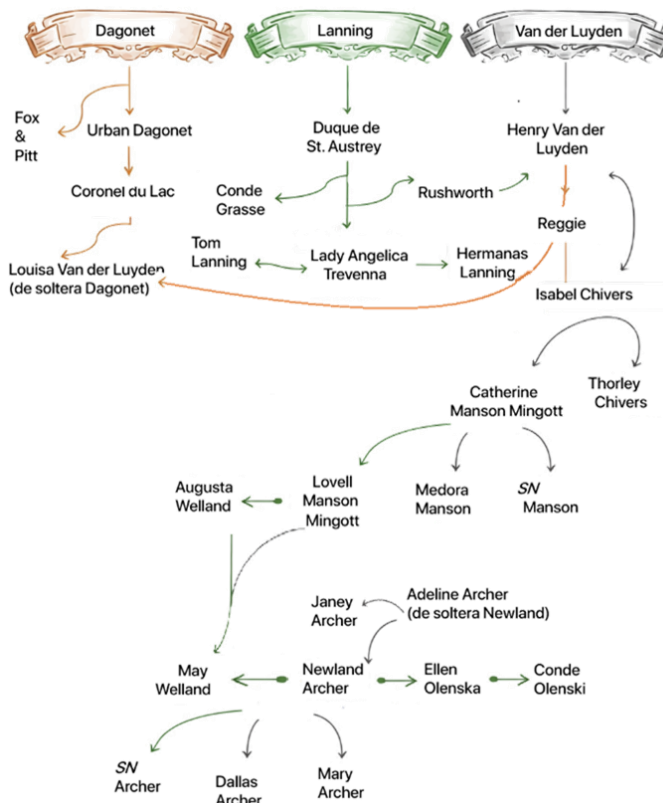
En el diagrama 2 se marcan zonas importantes de tránsito, pero también, en las cuales cobra relevancia la mayoría de la trama y, aunque no todos los lugares pueden ser realmente ubicados, se puede inferir cierta información como la ubicación de zonas como espacios de identidad. También permite dimensionar el Nueva York de 1870, pues a pesar de ser una ciudad que dialogaba con lo monumental, el relato no deja lugar a dudas en cuanto a que esta sociedad no se permitía la curiosidad por desplazarse hacia centros de ocio y esparcimiento ubicados en la periferia. Todo estaba perfectamente atendido en ese pequeño espacio, o al menos así lo asumía la aristocracia neoyorquina.

Ciertamente hay nombres que resaltan, al volverse parte de la memoria colectiva, como *Washington Square*, *Madison Square* o *Central Park*. Por cierto, este último y emblemático sitio, en donde se encuentra el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, expresa momentos clave: en 1872 un museo recién inaugurado, donde se dan cita Archer y la condesa; y 30 años después, cuando él asiste al evento oficial de una ampliación de sus salas.

Wharton describe escenas de una sociedad neoyorquina en su ingreso a la modernidad cuando igualmente arrecia la revolución industrial en Estados Unidos. Esta transición opera con delicada reticencia. Aquel poblado fundado de colonos del viejo mundo se petrificaba, mientras observaban con recelo los cambios que estaban por venir. Archer, nuestro eterno pensador, a lo largo de la novela relata con asombro las edificaciones del lugar donde creció y apuesta, con una seguridad impertinente, en lo que serán en el futuro aquellas casas señoriales.

En el gráfico 1 se muestran las familias importantes dentro de la novela y su ramaje genealógico.

Gráfico 1 Genealogía de la élite neoyorquina



Nota. Autoría propia con base en la novela.

El gráfico 1 resalta el legado familiar de esa dinastía en una edad, como bien enuncia el nombre de la novela, que no sólo define una etapa de la vida del ser humano, sino también a una sociedad única e irrepetible, ya sea con inocencia o arrogancia, pero siempre presente, inalterable en su pequeña esfera dorada.

La madre de Archer (Adeline) expresa que “La gente debería respetar nuestras costumbres cuando vive con nosotros” (Wharton, *La Edad de la Inocencia*, 2023, p. 92). Lo exclama con un dejo de enojo, prestándose a la narrativa, pero enfatizando la autopreservación del sistema que los enlaza, como si fuese su capital cultural (Bourdieu, 1997) el valor último que debe defenderse ante lo nuevo.

Entre páginas se lee que (a diferencia de la moda) lo estático es bien valorado, como el hecho de poseer un buen vestido para poder ser usado sólo tiempo después. Lo mismo es con los matrimonios entre familias, o con la preservación de los apellidos de abolengo. Por ejemplo, Newland, es el apellido de soltera de la madre de nuestro protagonista. Una actitud cultural al parecer usual entre familias, reticentes a lo novedoso. En la expresión: “Nuestras leyes aceptan el divorcio; nuestras costumbres sociales, no.” (Wharton, *La Edad de la Inocencia*, 2023, p. 114), sentencia y anuncia el desenlace de la novela, además de enfatizar una estructura social encerrada en su tiempo y espacio.

Urbanitas Neoyorquinos del Siglo XIX: La Lógica de la Autoconservación

Es el momento de aludir a la construcción literaria de protagonistas que en sí mismos son producto de su tiempo, de su norma social, de su memoria colectiva. Acorde con Pierre Bourdieu, destacamos el siguiente pensamiento:

Cada uno de los protagonistas está definido por una especie de fórmula generadora, que no necesita ser explicitada del todo, y menos aún formalizada, para orientar las elecciones del novelista (funciona sin duda más o menos como la intuición práctica del *habitus* que, en la experiencia cotidiana, nos permite presentir o comprender los comportamientos de las personas allegadas) (Bourdieu, 1997, p. 34).

De esta forma, los sujetos en la literatura no pueden simplemente ignorarse entre diálogos, como en el caso de la autora, quien construyó este imaginario de ciudad a semejanza de la realidad que llegó a vivir. Eso incluye la parte en la que ella tampoco lograría librarse de su rol. Estas reglas permiten al lector asimilar que no hay un plan maestro detrás, sino que simplemente se sigue el comportamiento del tipo *habitus*.

Es de esperar que sea un poco complejo entender a los personajes desde sus comportamientos como sujetos sociales, y no esperando que deriven en actitudes totalmente individualistas y autónomas. Wharton no trasgrede ninguna norma, solo se limita a atender la imperiosa necesidad de criticar la norma social, y en su forma, *La Edad de la Inocencia* permite entenderlo a través de su sociedad y no solo por los pensamientos de un solo personaje.

El autor antes citado, agrega otro ingrediente a la fórmula. Esto es, el espacio social: “Otro elemento que despoja a los personajes de su aire abstracto de combinación de parámetros es, paradójicamente, la exigüidad del espacio social en el que están colocados” (Bourdieu, 1997, p. 35).

Es este concepto el que asocia el comportamiento con el entorno, permitiendo que el entendimiento de los personajes sea a través de sus acciones, y asimilando que en el espacio en el que se desarrollan, su comportamiento difícilmente podría ser distinto. Los arquetipos mencionados nos parecen ahora más redondeados con estas ideas, al grado que la autora cumple con el objetivo de construir una historia sobre la ciudad con la dosis apropiada de veracidad. Ni más ni menos de lo necesario.

Los anacronismos del espacio social son los que vuelven a la historia un sociodrama ficcionario. No se puede imaginar una ciudad como Nueva York sin el arrebatado de las obras de teatro, los museos y la vida nocturna. Pero sí se puede a través de los espacios, como aquellas ubicaciones que son vértebras que arman

el relato en su conjunto. Se mencionan casi atemporales, porque es posible leerlos entre páginas una y otra vez y tratar de hacer memoria, pensar y repensar, por ejemplo, en Central Park, pero imaginarlo y configurarlo casi como lo describe la autora: un parque urbano en ciernes, en donde lo más distintivo por entonces, era el Museo Metropolitano. En adición, es esta particularidad la que sienta las bases para que la historia tenga ubicuidad, para que Archer se dé el lujo de caminar por la Quinta Avenida y se transmute en un personaje tridimensional: tiempo, espacio y drama personal.

Ellen Olenska no trastabilla con las conversaciones de Newland, mientras que May Welland le resulta poco estimulante. Basta decir que no está marginada socialmente por su inocencia, al contrario, es protegida por el apellido, pues a diferencia de Olenska, lo que importa es lo que ella representa en cuanto a los buenos valores de su clan familiar.

Archer no deja de insistir en torno a la idea de que todos a su alrededor parecen estar sumergidos en una especie de lógica de autoconservación; al mismo tiempo, le provoca incertidumbre su nueva condición de hombre de familia. Así se cuestiona: "... y Archer se preguntó si la cara de May estaba condenada a espesarse en la madurez para alcanzar la misma imagen de inocencia invencible." (Wharton, *La Edad de la Inocencia*, 2023, p. 149). Aquí es en donde se hace evidente un reproche a su presunta ignorancia, cargado con ínfulas de superioridad.

Aquí remarca: "No, no quería que May tuviera esa clase de inocencia, la inocencia que destierra la imaginación de la mente y el corazón de la experiencia." (Wharton, *La Edad de la Inocencia*, 2023, p. 149). Sin embargo, muy a su pesar, es él, quien se entera de su error. Esto es, de una verdad que no pudo atender por perderse en la construcción imaginaria de una vida al lado de Olenska.

La pérdida de la inocencia (o podría leerse, de la ingenuidad) tiene un sabor amargo y viejo como la ceniza, una desilusión que solo fue evidente hasta la escena de la cena en la que todo (el viejo) Nueva York se reunía en algarabía para festejar la unión de los Archer. Festejaban algo más, el éxito de cada jugada que dieron para llegar hasta ahí y lograr el casamiento. El jaque mate fue el embarazo de May. Es así como la mente de Newland cae vertiginosamente, removida por la realidad y despierta de su ensueño. Se suceden un cúmulo de cuestionamientos: ¿podría el novio entender ahora la posición de la prima de May?, o ¿acaso era él quien caía en desgracia? El resto de la novela no es más que una reafirmación del nuevo mundo al que iba a tener que acostumbrarse como esposo y padre de familia al interior del círculo conservador de la élite neoyorquina, la cual estaba por ser devorada por la maquinaria metropolitana gestada a principios del siglo XX.

Hacia el final de la novela se vislumbra el último acto. En un solo capítulo (el 34), se produce el cierre magistral de la obra cuando Archer guiado por las memorias y la libertad de su vida (ya es viudo), visita París con motivo de la boda de su hijo. Ahí se encontraba la condesa desde hacía casi 30 años. Se siente cercano a ella, pero con cierta resignación entiende que no puede dar apertura a sus cautivas emociones. A sus 57 años apenas comprendía que la sociedad había cambiado, como se lo remarcaba su hijo Dallas. En ese momento Dallas es el portavoz de una actitud distinta: "una nueva generación que había barrido con todos los viejos hitos, así como los postes indicadores y las señales de peligro" (Wharton, *La Edad de la Inocencia*, 2023, p. 347).

La narración termina cuando Archer decide, sin más, regresar solo al hotel y no reencontrarse una vez más con Olenska. Camina entre las calles de una ciudad que le resulta desconocida, quizás para perderse de nueva cuenta entre edificios y avenidas de París.

Conclusiones

Como puede desprenderse del anterior recuento de los elementos espaciales que arman la trama literaria, *La Edad de la Inocencia* es una particular representación del espacio urbano de Nueva York, el cual plantea desafíos narrativos importantes. El primero es en torno a la acotación de un tiempo preciso que contenga y encapsule la imagen de una ciudad antigua, apenas salida de sus tradiciones coloniales; el segundo trata sobre el espacio relevado frente a lo oculto o invisible; o bien, la verdad a través de lo que no es mencionado (lugares, clases, el proceso industrializador mismo); el tercero se refiere a los sujetos preferenciales del drama, al seleccionar a miembros de una élite conservadora justo en el momento en que va a iniciar su declive.

En *La Edad de la Inocencia* aparece una geografía del texto. Ella no sale a flote durante una primera lectura de la obra, sino en sucesivas y atentas aproximaciones al texto. Es aquí donde se recupera la propuesta metodológica sugerida por un crítico literario de principios del siglo XXI, al analizar la novela de ciencia ficción y los mundos secundarios en la literatura, citado páginas atrás (Kneale, 2003). Así pues, la geografía del texto en la obra de Wharton se desenvuelve en abstracciones dentro de Manhattan a la manera de burbujas espaciales que van más allá de la mera referencia a los lugares en donde ocurren sucesos (La Quinta Avenida, Central Park, la Vieja Academia de Música), para convertirse en esos espacios vitales sin los cuales la trama no puede prosperar.

En el contexto literario de la obra, se definen algunos perfiles que llaman la atención en aquella fórmula generadora de protagonistas literarios (Bourdieu, 1997), la cual ayuda a entender mejor los comportamientos habituales de una élite, en este caso representados por Archer, Welland y Olenska, quienes son típicamente contrastados entre sí por sus perfiles y actitudes culturales.

El primer perfil identifica a quienes mantienen una visión estática de su tiempo y con claras dosis de nostalgia hacia momentos del pasado neoyorquino. Así, el abolengo y pertenencia de clase, las etiquetas y actitudes asumidas como propias de su estatus social. A este primer arquetipo lo etiquetamos como el *conservador excluyente*. Representa a prácticamente toda la élite neoyorquina que integra el elenco de la novela.

El segundo se configura en un sujeto literario como Newland Archer que se encuentra en el eterno dilema de las transiciones no concluidas, en torno a su condición de clase. Dicho de otra manera, no logra a plenitud sus aspiraciones, al rechazar aquello que rompe con la norma social que rige a su clase y de la cual se debe así mismo. Ello pese a identificarse emocionalmente con esa posible y nunca lograda transgresión. Le denominamos el *conservador ilustrado*, en tanto que se ajusta a las normas dominantes de su medio, pero tiende a generar un imaginario de sociedad más abierto en un futuro posible.

El primer arquetipo dibuja al conjunto de la aristocracia neoyorquina como una fuerza social y de costumbres arraigadas en el pasado, las cuales están basadas en la distinción y categoría social que asumen les identifica de suyo. Es la burbuja de un estrato de la sociedad que hace las veces de resistencia al cambio cultural, traducido en la perpetuación de modos de vida por y para ese conjunto social.

El segundo se desprende del primero, al proceder de la misma condición de clase, pero que ante las circunstancias que le son dadas, intentan moverse hacia nuevos horizontes sin acaso lograrlo. Horizontes culturales que la nueva generación de neoyorquinos (los hijos de Archer y May) conocen a detalle. De ahí que Dallas le exprese con candidez a su padre, la caducidad de sus atavismos.

Olenska en cambio, tiene una lectura ágil y certera de la élite que la rechaza, pese a sus modales de discreción y elegancia. Dadas esas condiciones y pese al regocijo que le produce la vida neoyorquina, resuelve dejar atrás el idilio amoroso con Archer y regresa a París con gran estilo. Podría tratarse del sujeto femenino, en términos de una *conservadora aspiracionista*.

Wharton describe a un personaje que se planta ante la sociedad por su interés en comprender aquello que desconocía y probablemente iba a llevar al cambio. Como el asimilar que sus propios pensamientos fueran los de alguien más: un visionario del futuro de la ciudad. Queda, sin embargo, atrapado en la órbita neoyorquina del siglo XIX.

La sociedad de Manhattan se moldeó en una espacialidad que la narrativa desagrega y fragmenta para entenderla en su propia trama geográfica. Archer se construyó a partir de sus andanzas, en un *habitus* de clase (Bourdieu, 1997) que lo asfixió; los actores que fueron parte de la tragedia neoyorkina, dan cuenta de que la obra inicia cuando se abre el telón en el primer capítulo, en una oda a la perfección de lo inamovible. En la última parte, se cierra su historia con Olenska en páginas insuperables. El urbanita se desdobra entre las calles de otra ciudad y se echa a andar nuevamente como producto de su tiempo, lleva en su memoria una ciudad neoyorquina petrificada y a la vez añorada: la era de oro simbolizada como la edad de la inocencia.

Una última observación: no es llana coincidencia el que Archer se apellide Newland (que en una traducción textual es Tierra Nueva), porque en el nombre lleva las intenciones de toda una generación joven, y quizás exprese así las aspiraciones de la misma Wharton. Es a través de este personaje que se cuestiona a la inamovible sociedad neoyorquina, sobre todo en lo que compete a la identidad del rol femenino. Por otro lado, pudo referirse a la tierra que ella vio crecer, y que en años posteriores tendría el potencial de ser sólo una ensoñación, al renombrar con sus propios apellidos a sus descendientes, en un intento por aferrarse a sus raíces familiares.

Bibliografía

Bourdieu, P. (1997). *Las Reglas del Arte. Génesis y Estructura del Campo Literario*. Anagrama.

Cely Rodríguez, A., & Moreno Lache, N. (2016). *Ciudad y literatura. Una posibilidad para aprender y enseñar geografía*. Universidad Pedagógica Nacional.

Flanner, J. (23 de Febrero de 1929). Dearest Edith. *The New Yorker*: <https://www.newyorker.com/magazine/1929/03/02/dearest-edith>

Kneale, J. (2003). *Secondary Worlds. Reading novels as geographical research*. Routledge.

Lévy, B. (2006), en Lindón, A., y Hiernaux, D. (Dir.), *Tratado de Geografía Humana*, Anthropos/UAM-Iztapalapa.

Michelin Travel Publications. (1988). *New York City*, Michelin Travel Publications.

Morand, P., Montes de Oca Monroy, F., Montes de Oca Sicilia, M., & Nuño Morales, J. (2011). *New York Dossier*. Algarabía.

Moretti, F. (2001). *Atlas de la Novela Europea. 1800-1900*. Trama.

Moretti, F. (2007). *La Literatura Vista desde Lejos*. Marbot Ediciones.

Reader, J. (2004). *Cities*. William Heinemann.

Wharton, E. (2023). *La Edad de la Inocencia*. Alma Editorial.

Wharton, E., & Ogden, C. (1898). *The Decoration of Houses*. Charles Scribner's Sons.



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](#). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.